

DIJO

Él dijo, ella dijo.

Ella salió de la habitación, él la siguió.

Él dijo, ella dijo.

Ella se encerró en el baño, él golpeó la puerta con sus puños.

Él dijo.

Ella no dijo nada.

Él dijo.

Golpeó la puerta con sus puños, pateó la base de la puerta.

Ella dijo, él dijo, ella dijo.

Él embistió la puerta con su hombro, fue hasta la cocina, agarró un destornillador, volvió y se puso a desatornillar la manija de la puerta del baño.

Ella dijo.

Él no dijo nada, desatornilló la manija de la puerta, la sacó de la puerta, pero la puerta seguía con llave. Lanzó la manija contra la puerta, la recogió y volvió a lanzarla hacia el otro extremo de la sala, golpeó la puerta con el mango del destornillador, calzó la punta del destornillador entre el marco y la puerta y trató de forzar la puerta para abrirla. La punta se rompió, la puerta seguía con llave.

Él dijo, ella dijo, él dijo.

Él se alejó unos cuatro metros hacia el centro de la sala y cargó contra la puerta.

Ella dijo.

Él se detuvo.

Él dijo.

Ella no dijo nada. Luego ella dijo, él dijo, ella dijo, él dijo.

Se alejó unos diez metros, esta vez, y cargó contra la puerta.

Ella dijo.

Él se estrelló con su hombro contra la puerta, rebotó en ella y cayó. La bisagra de arriba se salió del marco, la puerta se abrió en lo alto, se sostuvo en su bisagra inferior por unos segundos mientras él estaba en el suelo, aullando por el dolor de su hombro, luego se salió de su gozne inferior y cayó sobre su cabeza y su hombro lastimado justo cuando él se ponía de pie.

Ella dijo.

Él derribó la puerta, cayó sobre su hombro lesionado. El dolor era tan fuerte ahora, no solo por el primer impacto y luego por la caída de la puerta sobre su hombro, sino porque su hombro había pegado contra el suelo, y su cuerpo tuvo una especie de movimiento reflejo automático por el cual sus piernas se dispararon y su cabeza y sus hombros golpearon contra el zócalo. Aulló más fuerte aún.

Ella dijo.

Él siguió aullando.

Ella dijo.

Él contuvo el aliento, se puso a llorar. Su cabeza sangraba pero no le dolía. La miró, sentada en el borde de la bañera, se levantó, pateó la pared, aulló por el dolor de hombro que ya tenía y ahora más todavía por la patada.

Ella dijo, él dijo.

Ella salió del baño, observó su cabeza, le miró el hombro, fue al baño a buscar una toalla. Las toallas solían estar en el estante, ahora bajo la puerta que estaba en el suelo. Ella agarró el pañuelo que asomaba de uno de los bolsillos del pantalón de él, lo puso en su mano, puso esa mano con el pañuelo sobre la herida de su cabeza, lo sentó sobre el asiento del inodoro y fue al dormitorio a llamar a su médico.

La recepcionista dijo, ella dijo, la recepcionista dijo.

Ella volvió. El pañuelo estaba empapado en sangre y él estaba lloriqueando y gimiendo. Ella atravesó la sala, agarró un toallón del armario de la ropa blanca, le envolvió la cabeza con él, le puso el abrigo sobre su hombro sano, tomó su billetera y sus llaves, agarró también la billetera de él y se aseguró de que la tarjeta de su cobertura médica estuviese allí, lo tomó por su hombro sano, lo condujo fuera del departamento, le hizo bajar los tres pisos por la escalera y salir a la calle y paró un taxi.

Ella dijo, el taxista dijo.

Subieron al taxi y arrancaron hacia el hospital. A pocas cuadras del hospital un auto se pasó un semáforo en rojo y chocó al taxi del lado de ella. El taxi volcó y terminó con las ruedas para arriba encima de la vereda. Ella consiguió abrir su puerta con dificultad y los dos salieron del taxi, sacudidos pero sin heridas. El dolor de hombro se le había ido. En el choque la toalla se le había caído de la cabeza y la herida ya no sangraba. La cabeza del taxista había atravesado el parabrisas y estaba sangrando mucho.

Forzaron la puerta del conductor hasta que lograron abrirla.

Un peatón dijo, ella dijo, el peatón dijo y corrió a una cabina telefónica y marcó un número.

Cuidadosamente rompieron el vidrio alrededor de la cabeza del taxista, colocaron de nuevo al hombre en el interior del auto, apoyaron su cabeza en su abrigo. Ella se sacó el suéter y envolvió con él la cabeza del taxista. Una multitud se había reunido a su alrededor.

La multitud dijo, ella dijo, la multitud dijo.

El peatón regresó y dijo.

La policía llegó a los pocos minutos y justo detrás de ellos, una ambulancia.

La policía dijo, ella dijo, él dijo, la multitud dijo, la policía dijo, el doctor y el paramédico dijeron, la policía dijo.

El doctor examinó al taxista, le indicó al paramédico que lo pusieran en la ambulancia.

Ella dijo, el doctor dijo, ella dijo.

El doctor miró la herida en la cabeza y el hombro de su marido mientras el paramédico y un policía ponían al taxista sobre una camilla y luego en la parte de atrás de la ambulancia.

El doctor dijo, él dijo, ella dijo.

El doctor se metió en la ambulancia y la ambulancia arrancó.

La policía dijo, ellos dijeron, la policía dijo, él dijo, ella dijo.

Llegó una grúa de la compañía de taxis. El conductor de la grúa subió el taxi encima del camión, recogió el suéter y el abrigo ensangrentados y dijo.

Ella dijo, tomó el suéter y el abrigo y tiró el suéter en un tacho de basura.

La grúa se alejó, la policía se retiró y la multitud se disolvió.

Ella dijo, él dijo.

Él balanceó su brazo y su hombro seguía sin doler. Ella tocó su hombro suavemente y seguía sin doler. Él dijo, ella sacudió su cabeza. Él se tocó el hombro un poco más fuerte de lo que ella lo había tocado y aun así no le dolió. Sacudió su cabeza y sonrió.

Ella dijo.

Él asintió, se veía triste, dijo.

Ella dijo, él dijo.

Ella tomó ambas manos de él y besó su mejilla. Él la besó en los labios.

Un transeúnte dijo.

Él dijo.

El transeúnte rió, los saludó agitando su mano y siguió caminando.

Ella detuvo un taxi.

Ella dijo, el taxista dijo, él dijo.

El taxista se alzó de hombros y se fue. Se pusieron a caminar rumbo a su casa. Una linyera tomó el suéter del tacho de basura, lo levantó, dijo, volvió a dejarlo caer y se limpió las manos en un trapo. Alzó el suéter con un palo esta vez y lo dejó caer en uno de sus dos bolsos.